

MODAS CASERAS



Precioso traje íntimo, de pantalones de terciopelo negro y chaqueta blanca con cuello alto de tirilla y broches de cordoncillo de oro que la "rubia incendiaria" Betty Hutton lo exhibe.



Elegante vestido de casa para mañana que usa la simpática Eleanor Parker después de tomar su baño y antes de lanzarse en salto de "ángel" hacia el desayuno.

BUENAS NOCHES

EL DETECTOR DE MENTIRAS

Para probar la eficacia del aparato detector de mentiras, Leonard Lyons, cronista del "New York Post", refiere que en California se le preguntó a un paciente de la sala de psiquiatría si él era Napoleón.

Su astuta respuesta fue: "No."

El aparato detector de mentiras señaló que estaba mintiendo. Y era cierto. ¡Porque el paciente se creía Napoleón redivivo!

TECNICO en CIRCULACION necesitase en SEVILLA

HACE días ha dado la Prensa la noticia: el Ayuntamiento sevillano ha pedido al de Madrid que le ceda por una temporada un jefe de Tráfico que organice y ordene un poco la circulación por allí. Parece ser que los beticos no se entienden muy bien en eso de la circulación. Según nos han dicho, hay ocasiones en que el propio guardia se pone a discutir con los peatones o a confraternizar con ellos, según éstos sean partidarios del Betis o del Sevilla y esa simpatía deportiva coincida o no con la del

Y va a ir el jefe de la de Madrid para poner de ACUERDO a los GUARDIAS y a los PEATONES de la ciudad del BETIS

guardia. Otras veces la discusión versa sobre Manolete o sobre Pepín Martín Vázquez... Y, claro, mientras tanto, la circulación se desbarajusta y se desorganiza de una forma tal que las autoridades municipales consideran que ha llegado el momento de poner fin a estas cosas y han pedido al Municipio madrileño que les "eche una mano" y envíe allí una persona que arregle un poco todo eso...

Eso es lo que se dice por ahí. A nosotros nos parece un poco exagerado. Sobre todo acostumbrados como estamos a nuestros agentes de la circulación, que, aunque no sean muy amables, es

inevitable que están siempre alertas al cumplimiento de su deber y que tienen organizada la circulación de una forma perfecta. Quizá se excedan un poco en la imposición de multas—¿quién no ha sido "víctima" alguna vez?—, pero están siempre en su sitio y cumplen con su obligación.

Nosotros, los madrileños, que no tenemos nada que envidiar a los sevillanos en lo referente a "guasa" y a "chungueo", tuvimos también nuestra época en que nos "pitorreábamos" un poco de los "guardias de la porra". Pero todo se ha formalizado ya. El señor Escobedo, actual jefe del

Tráfico, ha sabido dar a los agentes del mismo una solvencia y una autoridad que, aunque sea a regañadientes y no de muy buena gana, todos hemos acatado y ha hecho de nuestra población una de las mejor organizadas en ese sentido. Numerosas a personalidades extranjeras—últimamente el periodista sueco Wilhelm Röhl—han hecho encomendados comentarios acerca de lo bien organizada que tenemos nosotros la circulación urbana. Y ahora han sido los sevillanos; el Ayuntamiento betico ha pedido al de Madrid que le envíe una persona que organice un poco todo aquello. Hace años que los sevillanos están queriendo aprender a "pasar".

Y, claro, esperamos que a su regreso el señor Escobedo no venga demasiado influenciado y quiera obligar a los peatones a cruzar la calle bailando sevillanas, y que en lugar de pito quiera poner en la mano de los agentes de circulación unas castañuelas.

¡A ver si por fin a madrileñizar la circulación sevillana se sevillaniza la de Madrid!

Aquel niño JUANITO...

ME lo presentaron un día en el café y nos habló de su padre, de su vida...; pero, si queréis, dejaremos que él nos lo cuente todo.

—Ya sabrán que soy hijo exclusivo de mi padre y que mi padre es, además, mi madre y hasta creo que prima segunda mía. Mi padre era jefe de Negociado y toda la vasta cultura que alardeaba conmigo la aprendí en el Espasa de un antiguo amigo, librero de viejo. Admiraba yo por él, en el sobre todo, esa habilidad para llevar la conversación al tema que, por la mañana, había estudiado.

Recuerdo, por ejemplo, un día en que (después lo supe) tuvo en sus manos un tomo de la T y se leyó los terremotos. Por desgracia mía era jueves y no tuve más remedio que acompañarle al campo. ¡Qué tormento el de mi pobre padre al no saber cómo empezar a hablar de los terremotos! Si la tierra hubiese temblado, aunque fuese al paso de un tren, la cosa habría resultado facilísima; pero pasaron cinco, diez, quince minutos y todo seguía igual: quieto. Yo supe bien pronto que algo terrible me esperaba, sabiéndolo inevitable, quise acabar pronto y le dije:

—Papá, cuénteme usted algo. Lo primero que se le ocurra. Me gustaría saber, por ejemplo, la causa de las nieblas...

—Juanito, hijo mío—me dijo—: es inútil que intentes engañar a tu padre. Me duele, sobre todo, ¡no sabes cómo! tu falta de franqueza. Sé que estás preocupado con algo y no me lo quieras decir.

Entonces pensaba sólo en lo divertido que sería jugar al fútbol, como los demás chicos. Pero mentí y le dije:

—Sí, papá; estoy, justamente, meditando sobre... la función clorofílica.

—Ay, Juanito, ¡qué doloroso es para un padre ver que su hijo le trata de ese modo! Porque yo bien sé que no es, no, la botánica la causa de tus preocupaciones, sino la geología, los grandes problemas de este viejo globo en que vivimos, sus cataclismos y su vida...

—Ciertamente, papá, cierto—le interrumpí avergonzado—. Fue un pudor estúpido el que me indujo a decirle lo de la clorofila; pero era en los glaciares, justamente, en lo que estaba pensando... —¡¡Basta!!—sentenció todo alrudo, poniéndose en pie, mi padre—. Basta... y basta! Eres un mal hijo que abusas del inmerecido cariño con que te trato. ¡Mientes, mientes y mientes como un bellaco! Y no sé yo, tu padre—continuó echando espumarajos por la boca—, quien te lo consienta, dejándote rodar por tan peligrosa senda. Ahora mismo, aquí, sin dar un solo paso, me has de confesar "toda" la verdad: ¿No es cierto que estabas pensando en los terremotos?

Dejé escapar rodando unas gruesas lágrimas, que ya tenía prevenidas al efecto, y le contesté por lo bajo:

—Sí, papá.

—Pues bien, hijo; tu franqueza, aunque tardía, te lo disculpa todo. Y no quiero ser yo quien deje de sacarte de tus preocupaciones: te hablaré de los terremotos.

Eran las diez de la noche y todavía, por las calles de la ciudad, seguía mi padre con su aprendido tema.

Se explican ustedes—nos dijo don Juan Meléndez—cómo yo no podía ser feliz? Y, lo peor de todo, es que mis amigos de entonces me odiaban como si yo fuera el culpable. Se me eligió como modelo de niño bueno, aplicado, inteligente y trabajador, y fué mi padre quien lo era todo:

yo fui tan sólo una víctima más. Lo he perdonado, sí, de todo corazón, y una vez al año le voy a llevar un ramo de flores (artificiales, pues sé que, ni aun después de muerto, me perdonaría el derroche de unas naturales que se mustian al día siguiente).

Es lamentable por ello que no se haya escrito aún la segunda parte de mi obra. Yo podría decirles todo lo inútil que me resultó saber la distancia a la Luna o lo que es perigo. Acaso les interese saber la causa de mi soltería...

Nos miró uno a uno interrogándonos con el gesto, y animado por nuestro benévolo asentimiento, hundiéndose en su asiento, continuó su relato:

—Tenía dieciocho años cuando experimenté unas extrañas sensaciones que mi padre, acto seguido y sin dudar, calificó de estupideces. Yo insistía, sin embargo, en hablarle de Luisita, nuestra vecina, a la que me sentía como llevado; pero él pasó dos días encerrado y, al final, me enseñó unos cálculos larguísimo, demostrándome que, no estando imantados ni electrificados, mi atracción hacia ella era sólo un aspecto parcial de la ley de Newton sobre la gravitación universal y, por tanto, inferior a la que había de sentir hacia nuestra vieja ama de llaves, cuya masa era, por lo menos, doble de la Luisita. Aquello me desanimó bastante, pues, efectivamente, no tenía razones serias que oponerle y, aunque Luisita era una monada, dejó de interesarme al analizarla tan fríamente.

Luego—tenía ya veintidós años—fué Mary, en competencia con los monstruos de la prehistoria, lo que llenó mis horas. Mi padre me obligaba a ir al Museo de Historia Natural para estudiar el dinosaurio y me hizo ver que éste sí era un esqueleto interesante y no el de Mary, vulgar y rampón, con el mismo número de huesos e igualmente dispuestos que el de nuestro sereno.

Tres años más tarde—mi padre ya había muerto—ocurrió lo de Margarita. Margarita era huérfana de un funcionario que al morir sólo dejó un traje usado, una viuda, un puesto en el escalafón y dos huérfanas más. Margarita, en su estrechez económica—que más bien era asfixia—, parecía un ángel venido a menos.

Todo fué fácil, extraordinariamente fácil, y al poco tiempo de conocerla y saber que yo tenía una colocación fija éramos esa cosa extraña que florece en los bancos de los paseos y que se llama "novios". Yo, particularmente, era feliz, muy feliz, y más que nada, lo que me hacía dichoso era entremezclar nuestras manos para ver si reconocíamos después los dedos de cada uno.

Aquella época y mis ilusiones tuvieron pronto un desenlace que no esperaba; está aquí, en esta carta que llevo siempre conmigo y a la que un rasgo de pudor me hizo romper la postdata.

La carta decía así:

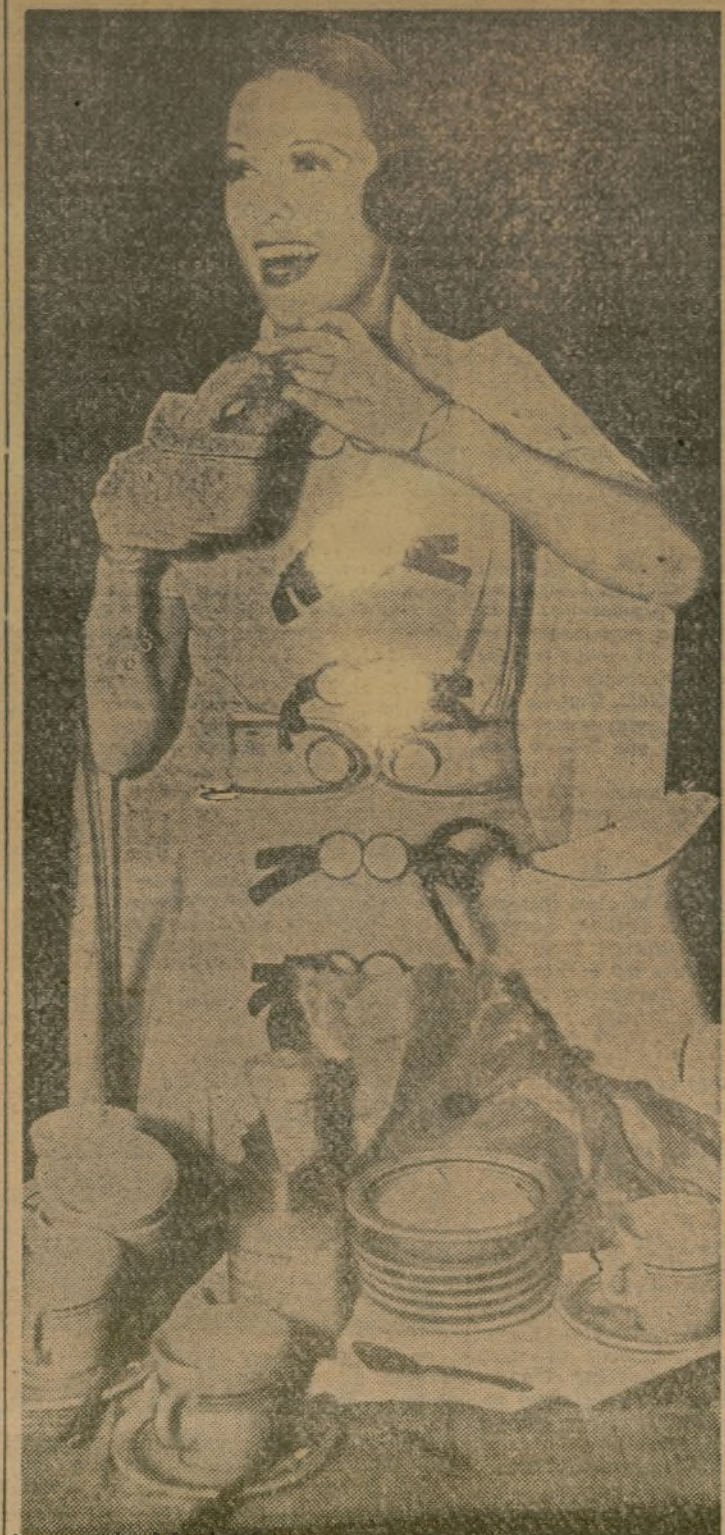
"Señor don Juan Meléndez. Muy señor mío: Estoy harta de su ciencia y de sus conocimientos. Me importan un comino los planetas y la física, la zoología y el hebreo. Quiero tan sólo vivir y a su lado no es posible. Dentro de quince días me caso con un vista de aduanas. Olvídense.—Margarita."

—¿Y la postdata?—le preguntamos.

—Esto era lo peor—dijo como hablando consigo mismo—. Dos solas palabras; pero la segunda, seca, explosiva, como disparada en un es copetazo: "Adiós... ¡¡Juanito!!"

P. P.

Ayuntamiento de Madrid



ELEANOR POWELL no teme perder la LINEA

Eleanor Powell, la famosa estrella bailarina, se ha levantado a primera hora de la mañana, porque es un día de labor en los Estudios, y antes de empezar el trabajo toma el desayuno, que, como puede apreciarse, es bastante completo, lo que demuestra que no tiene ningún miedo de perder la línea. La alegría con que ataca el café y los buñuelos es muy significativa. Dentro de unos minutos el director dará la orden de empezar y Eleanor Powell se pondrá ante la cámara para que ésta recoja los nuevos pasos de baile que presentará en la película musical que actualmente, y con la admirada artista en el papel principal, se rueda en los Estudios californianos.

BUENAS NOCHES

Miércoles, 13 de marzo 1946

Año III Núm. 95

Redacción y Administración:

PUEBLO

NARVAEZ, 70
Teléfono 62600.
Apartado 517.

Saloncillo

CUESTION DE TIEMPO



María Fernanda Ladrón de Guevara es, seguramente, la actriz que más obras recibe de todos los autores habidos y por haber. Llegan hasta ella en oleadas, por docenas, por centenares, a millares. Los varios secretarios de María Fernanda no descansan recibiendo y contestando correspondencia de este género, asombrados de que haya tantos opositores en España a las problemáticas ventajas del trimestre. El otro día recibió la ilustre actriz una pseudocomedia y una carta de su autor, en que ésta le aclaraba:

—La obra que le mando con la ilusión juvenil de verla estrenada por usted tiene veinte cuadros, uno por cada uno de los años que cuento... ¿Puedo esperar que se digné usted leerla si quiera?

María Fernanda le devolvió la obra, después de haberla leído, y este único y tajante razonamiento:

—Dentro de otros veinte años, si usted se "atreve", vuelva a enviarme su comedia (!!), pero, ¡por Dios!, sin añadirle ni un solo cuadro más...

CONFUSIONISMO

La verdad es que los hay... distraídos. Recientemente y haciendo la reseña del espectáculo "Filigranas", el "reseñador" confundió a Antonita Moreno con Antonita Colomé, diciendo, entre otras cosas, que la Colomé había quedado consagrada desde la noche de su presentación como "la máxima estrella de la canción andaluza". ¡Lo que habrá rabado Antonita Moreno con esta apreciación del sagacísimo crítico! Porque es el caso que de ella, que fué la heroína del programa de esa fiesta folclórica a que alude nuestro hombre, no se dice ni una palabra, lo que nos parece que también debe haberle sentado muy mal a la conocida estrella del cine Antonita Colomé.



DE CASTA LE VIENE AL GALGO



Trabajaba en cierta ocasión Carlos Díaz de Mendoza en Montevideo, entre los más encendidos aplausos de una concurrencia formada por españoles y americanos españoles. Se representaba una obra de Villaspesa, cuyos sonoros y luminosos versos, magistralmente recitados por todos los elementos de la compañía, habían logrado encandecer a los espectadores, que no cesaban de vitorear a autores e intérpretes y, por descontado, a la madre Patria. El escenario se había cubierto materialmente de flores y regalos, y en el entreojo, entre otros muchos admiradores y... admiradoras, pasó al camerino de Carlitos una señora muy guapa,

que, después de felicitarle calurosamente, solicitó del excelente actor el favor siguiente:

—Me encantaría poder llevarme para mi pequeño museo uno de estos magníficos claveles de España que le han regalado. ¿Sería usted tan amable en acceder a mi deseo?

Carlitos le regaló todos los claveles que había recibido, y al día siguiente envió a la admiradora el traje con que había actuado en la obra y una nota adjunta que decía:

"Aunque su museo sea pequeño, cabrá también ese traje con que me vió trabajar anoche. Consérvelo como prueba de afecto y de recíproco recuerdo..."



EL ENTIERRO

Por GARRIDO

SEIS QUEJAS DE JUAN MADRILES

1 Sobre la reventa del papel de FUMAR

ESTABAMOS trabajando. Porque la verdad es que también en las Redacciones de los periódicos se trabaja, aunque el cine americano siga empeñándose en presentarnos a ustedes una versión del periodista en la que siempre figura un señor en mangas de camisa, visera de talco verde sobre los ojos y ambos pies sobre la mesa, que no da nunca ni golpe. Y en esto repiquelearon unos nudillos discretamente en la puerta.

—Adelante.
Entró un individuo de cincuenta años y mediana estatura, embozado en una de esas clásicas pañosas madrileñas que ya sólo usan Emilio Carrère y Randolph Churchill. Y quitándose un insignificante sombrero de fieltro gris nos dijo:

—¿La Redacción de BUENAS NOCHES?
—Efectivamente. ¿Qué desea?
—Antes de nada presentarme: soy Juan Madriles.
—¡Hombre! ¿Juan Madriles?
—Servidor y pleapedrero...
—Pero si le conocemos mucho. ¿Quién no le habrá visto

2 Sobre las fundas de las cajetillas de TABACO

alguna vez en la calle, en el Metro o en cualquier café?

—Pues me alegro infinito este mutuo reconocimiento, porque siempre he creído que entre buenos amigos se habla con más franqueza. Y a esto precisamente he venido hoy aquí: a cantarles las cuarenta a mucha

gente, para lo cual necesito que ustedes me ayuden o, por lo menos, me escuchen.

—Muy bien, siéntese usted y empiece...

—Queja número uno: la reventa del papel de fumar. Hace aproximadamente dos meses que se justificó su escasez echando la culpa a las restricciones. Las fábricas—nos dijeron—no pueden obtener por causa del flúido su rendimiento normal y esto, naturalmente, repercute de un modo forzoso en el mercado. Pero, como en la película, "vinieron las lluvias"... Se iluminaron los escaparates, trabajaron con el ritmo de siempre las industrias y pasaron los días. ¡Y el librito de papel de fumar continúa a una peseta y a una veinticinco, según las horas o la bo-

ca del Metro donde se compra!

—¿No es indignante?

—Queja segunda?

—Contra la Arrendataria. Era yo muy niño cuando publicó un aviso en los periódicos diciendo que circunstancialmente aprovecharía las fundas antiguas de sus productos para continuar vendiendo éstos a los pacientes fumadores. Yo—no creo que lo duden ustedes—he tenido tiempo para hacerme un hombre. Pero a ella, por lo visto, le ha resultado insuficiente para lanzar nuevos envases donde constara claramente el precio de la ca-

3 Sobre la próxima temporada TAURINA

jetilla y se pudiera evitar las maniobras desaprensivas de algunos estancieros, que se aprovechan de los actuales cambios de precio en el tabaco para sisar algunas pesetas al público.

—¿Tercera?

—Soy un viejo aficionado a los toros. Ya comprendo que esto significa un lujo excesivo para un maestro de obras actualmente, pero no puedo remediarlo; cada uno tenemos nuestras manías... Vamos al grano: en estos días se ha ordenado por la Empresa la renovación de los

carnets. Conformes; pero a estas alturas infinidad de empresarios taurinos han dado ya a conocer parcelal o totalmente lo que va a ser la próxima temporada en sus Plazas. Hablan de la actuación de figuras, de corridas compradas a las más famosas ganaderías; le da, en fin, al aficionado una ligera orientación de lo que ha de ver. Balaña ya lo ha hecho. Y los de Valencia también. ¡No creen ustedes un poco injusto que el señor Orduña no haya despegado todavía los labios, aunque sólo fuera—ya que no tiene la obli-

4 Sobre la eterna cuestión TRANVIARIA

gación de hacerlo—para alentar algo a los que muy pronto vamos a tener que guardar muchas horas de cola ante las taquillas de la Empresa y abonar por nuestra reserva el precio íntegro de una corrida invisible?

—¿Queja número cuatro?

—La cuestión de los tranvías, señores, la cuestión de los tranvías!

—Le advertimos que ya está el tema muy manoseado...

—Pero sigue, por desgracia, siendo eterno para los que tenemos que esperar. Y supongo

que para ustedes, que han de recorrer varias veces al día esta dichosa calle de Narváez.

—Es verdad, es verdad... ¿Y la quinta?

—Mi esposa es Pepita Chamberí. ¿No lo sabían?

—No, pero por muchos años, amigo...

5 Sobre los cortes de gas fuera de HORA

—Y la pobre se sube por las paredes cada vez que al estar guisando le dan un gracioso corte al gas... ¿No tiene ya el suministro sus horas marcadas? Pues que las respeten y sepa uno a qué atenerse. Pero queda todavía la indignación número seis...

—¿Todavía otra?

—Sí, señores; la de los taxis. Yo, particularmente, los tomo muy pocas veces. Pero el otro día fui con mi Pepita al estreno de una zarzuela lírica recién estrenada y que por cierto fué un fracaso. El asunto es que salimos del teatro un poco tarde, y como todavía, y a pesar de todas estas cosas, no me he resignado a morir hecho una oblea, no quise coger el último Metro... Mandé parar un taxi. Y otro. Y otro... Todos llevaban encendida

6 Sobre la conducta de los CHOFERES

la lucecita verde reglamentaria y subida hasta el tope, orgullosamente, la roja banderita de "Libre". Pero no me hicieron el menor caso, oliéndose, sin duda, de que yo no era un buen cliente, uno de esos buenos clientes que los toman para ir a beberse una botella de vino y divertirse un poco a los colmados de la Ciudad Lineal cuando quedan cerrados en Madrid todos los bares al filo de la una... ¿Hasta cuándo va a durar el abuso?... Ayúdenme ustedes; publiquen mis quejas. Es el único procedimiento directo para que lleguen a oídos de las autoridades las molestias innecesarias que sufre este humilde vecino.

Y por creerlo así, por tener la completa seguridad de su razón, las publicamos. Juan Madriles puede en este caso ser un arquetipo, un símbolo infortunado de millares y millares de madrileños de la clase media. Y sus quejas recoger el clamor inmenso de las lamentaciones de todos los que las sufren—o, mejor dicho, las sufren—día a día en las calles de la ciudad...

Juan PORTEGA